

## Y EL CIELO Y LAS ESTRELLAS.

*“Creo en el Dios de Spinoza, que nos revela la armonía de todos los seres vivos con la naturaleza”*

*Albert Einstein*

Quizá este año la actividad programada por el Club para una noche de agosto, ha sido convocada de forma precipitada. Sin duda culpa mía. La luna llena de agosto me cogió fuera de Zaragoza y pensé que sin luna llena, la noche perdería su encanto.

No obstante, exhortado por Víctor, proponente de la actividad, me animé a convocarla. Pensaba que tendría poca acogida de socios pero que al menos a alguno nos serviría para saber qué es eso de vivaquear y dormir bajo las estrellas. Fue esto último y mi compromiso para que el programa del Club se lleve adelante, los que me impulsaron a convocar la excursión al Salto de Roldan, Peña de San Miguel.

En ese momento, quizá con la mente algo aturullada, no recordé la letra de una preciosa canción de Jaume Sisa: *Qualsevol nit pot sortir el sol* (Cualquier noche puede salir el sol). Pero eso es lo que sucedió en realidad, y así fueron las cosas.

Los cuatro ocupantes de mi coche, Javier Chóliz, Víctor, María Emilia y yo, salimos de Zaragoza a media tarde. En Nueno teníamos que encontrarnos con Javier García Alonso, procedente de Jaca. Venía con sus dos hijos, Guillermo y Daniel, y Jorge, un primo de León. Un chico recio y fuerte, casi albino. Está en esa edad en la que los chicos pueden saquear una nevera antes de comer y luego hacen honor a todos los alimentos. En total ocho personas y dos deliciosos empanadicos de manzana, por gracia de la esposa de Víctor, Conchita. Detalle este, el de los empanadicos, no menor. Os lo aseguro.

La llegada a la cima de la Peña de San Miguel, superando sus dos ferratillas y su sencillo paso de cadena, se hizo con solvencia montañera por parte de todos, en especial de los niños, que disfrutaron de esas entretenidas grapas y escaleras metálicas. Un aventurero divertimento, más que un impedimento.

La tarde quedó ventosa en la cima. Buscamos la zona más resguardada para el vivac. A unos nos tocó el ii Castillo de San

Miguel !! y a otros la "sacristía", en forma de ermita o cementerio, a saber. Al fin todos quedamos ubicados y acomodados.

La cena, de viandas y risas, fue a la luz de las linternas. Cayó el primer empanadico. Jorge replegó, con hambre feroz, todos los tupperes de tortilla, pechugas y pasta. A salvo quedó, de milagro, un empanadico para el desayuno. Mientras tanto seguíamos admirando el paisaje, casi sin luna, de aviones, satélites y estrellas fugaces.

La puesta de sol, especialmente bella, dejó a nuestros pies la visión de las mil luces que titilan en la Hoya de Huesca.

Y el cielo y las estrellas sobre nuestras cabezas.

Los niños supieron de la Vía Láctea, de la Osa Mayor y Menor y sus leyendas. Pero también vimos pasar, sobre la media noche, al mismísimo caballero *Roldán* huyendo de sus perseguidores sarracenos. Venía ya sin su caballo *Veillantif*, despeñado en ese mismo lugar al saltar desde la Peña de Aman. Lucía al cinto su brillante espada *Durandal* con la que más tarde abriría, en un muro en Ordesa, la Brecha que le permitió ver su patria antes de morir. Al pasar frente a la ermita se persignó rodilla en tierra y continuó su veloz huida. Como veis fue una noche mágica. Realmente lo fue.

Pero todavía no había sucedido lo más hermoso de la noche. El CUENTO DE AMANECER. Con permiso de sus protagonistas, os los voy a relatar.

*"Sentí como antes del alba, Javier y sus hijos Guillermo y Daniel se levantaron. Los vi pasar por delante de la puerta del castillo que con firmeza custodiaba Chóliz, nuestro arquitecto de guardia. Javier llevaba a sus hijos arropados y cubiertos con el saco de dormir. Tuvieron cuidado de no despertar a nadie, pero yo estaba despierto viendo pasar horas y estrellas.*

*Les escuché acomodarse junto al muro que mira a levante. La noche era todavía cerrada, el viento estaba en calma, y creo que la forma abovedada del castillo me permitió escuchar toda su conversación.*

*Daniel se quejó de que era muy temprano y que tenía sueño, pero Guillermo, el mayor, sentía una gran curiosidad por saber qué quería su padre que vieran. Javier le dijo a Daniel:*

*—Ya sé que es temprano. Tiene que ser temprano, hijo. Recuerda que me dijiste que querías ver a Dios y hoy Dios vendrá a vernos*

—¿De verdad que veremos a Dios esta noche, papá? —Dijo Guillermo.

—Sí, hijo. Ten paciencia. Mira como, allí a lo lejos, comienza a dibujarse la silueta de las montañas. Esa es Guara. Poco a poco verás más claro su perfil. Una luz blanca asomará detrás de ella y de Picón.

—¿Esa luz blanca es Dios, Papá? —Dijo Daniel.

—No, hijo. Esa luz es el alba. Viene delante todos los días. Va empujando a la oscuridad y a las estrellas. ¿Ves como ya se distinguen las montañas del horizonte, y las que están más cerca. Poco a poco esa luz, ocupará el valle y nos permitirá distinguir un hilo blanco de un hilo negro.

Javier arrojó a sus hijos con el saco de dormir, para que nos lo tocara el frío del alba.

Sentí como los inquietos ojos de Daniel y Guillermo, miraban a todas partes, buscando lo que esperaban.

—Veis como esa luz blanca cada vez es más clara. Dentro de poco veréis que se vuelve naranja y ya casi no podremos mirarla. Todo se llenará de luz antes de que salga el sol.

—¿Y eso es Dios? —Preguntó Guillermo.

—No, hijo. Todavía no. Espera.

Casi de repente, los rayos de sol comenzaron a iluminar la majestuosa Guara con tenues colores anaranjados, cada vez más intensos hasta llegar a dorados. Todo ello sucedía ante los asombrados ojos de los dos hermanos que se llenaba de colores y silencios.

— ¿Ya está aquí, papá? —Seguían preguntando.

—Sigue llegando, cariño. Siempre viene despacio, no tiene prisa.

Les sentí abrazados. Daniel entre las piernas de su padre y Guillermo bajo su brazo. Los vi diminutos e infinitos en medio de la nada. Todo a su alrededor se llenaba de luz y contemplaban, extasiados, cómo los rayos de sol cabalgaban sobre las montañas. Guillermo con los ojos muy abiertos como los de un ciego que viera la luz por primera vez, se empapaba de belleza y sus cabellos comenzaban a brillar y a ondear con la leve brisa en la mañana.

*Finalmente, Daniel insistió en su pregunta de si aquello ya era Dios.*

*—Sí mi vida. Todo eso, todo lo que ves, es Dios. Ahora ya lo habéis visto.*

*Javier miró a sus hijos que seguían fascinados frente a ese espectáculo divino. Los abrazó juntando sus cabezas, los besó con ternura y acercándose al oído les dijo con voz queda:*

*—Dios ha venido hoy a veros al amanecer. Deus sive natura.”*

Domingo Aguilar.